

 LA CALDERA
BOCETO DE UNA EXCURSIÓN

ACABAN de dorar el horizonte las primeras luces de la mañana y ya esperan en la puerta de Villa-María seis cabaigaduras, que no me atrevo a calificar de gallardas y briosas a pesar de lo bien que sonarían tales adjetivos, por no faltar a la estricta verdad que ha de ser norma de estos apuntes.

Pero es el caso que, gallardos o nó, sobre sus lomos nos conducen hasta la villa de Albánchez, en cuyas inmediaciones desayunamos, después de incorporársenos nuestro guía y un espolique, previamente citados.

El número de acémilas habrá hecho comprender al lector que quien esto escribe no iba solo; pero debo informarlo de la calidad de mis acompañantes. Villa-María ha quedado desierta a nuestra salida, es decir que los expedicionarios éramos toda la familia, formando pues parte de la caravana señoras y niños. Temeroso por ellos, indagué previamente las condiciones del camino, obteniendo informes relativamente satisfactorios; me dijeron que *era entrellano* y solamente al final había una *trochilla*, y aunque ya se a que atenerme respeto al vocabulario de estas gentes connaturalizadas con los más inaccesibles vericuetos, y me consta que sus *trochillas* son *despeñaderos* y que denominan *entre-llanas* a todas las sendas por donde pueda transitar una cabra, es el hecho que me decidí a que mi familia, contagiada por mi manía alpinista, participase de lo bueno o malo que resultara de la expedición.

Dejamos a Albánchez, y resultaron confirmadas mis sospechas respecto a la *llanura* del camino; una estrecha y pedregosa senda ceñida con violentas contorsiones, como una serpiente, a la escarpada ladera de la montaña; sendero cuya proyección horizontal es digna de la vertical, es decir, que si no es posible hallarle un solo metro de línea recta, tampoco se dá en él un paso que no sea de ascensión rápida o descenso vertiginoso.

Yo monto a la grupa del borrico donde mi hijo cabalga; dejo a este que lo conduzca, dándole en los pasos difíciles instrucciones fruto de mi experiencia, y veo con placer que su carita infantil no palidece ante los barrancos que bordeamos, y que se deleita dando el rostro al sol que va iluminando los picachos imponentes que parecen amenazarnos con su mole. Conviene curtir a la generación futura en frances que templen el carácter; por eso el deporte de la

montaña es en mi concepto utilísimo para la juventud, pues la costumbre de sus emociones y peligros prepara el alma para la lucha de la vida, y constituye una *asignatura* tan necesaria como la historia o las matemáticas, pues si pensamos hacer a nuestros hijos médicos, abogados o ingenieros, es preciso no descuidar al mismo tiempo el hacerlos hombres.

Perdone el paciente lector esta digresión pedagógica; pero es fiel transcripción de las ideas que me embargaban mientras nos aproximábamos a «*La Puerta*», lugar donde el guía dispuso echar pié a tierra, cosa en que ya había yo pensado, no por temor a una caída, pues me había convencido de que nuestras cabalgaduras, aunque cachazudas, eran firmes y andaban cual por su casa, por los vericuetos del monte, sino porque había llegado el momento de comenzar a tomar apuntes e impresionar placas.

La Puerta es un desfiladero limitado a Poniente por *Peña Traviesa* y *Los Galayos* y a saliente por *El Peñoncillo* y *El Morrón*, y por cuyo fondo, pedregoso y seco en verano, se precipitan en invierno, en turbión impetuoso, las aguas que recoge el imponente circo de montañas ante el cual nos hallamos. Alternan en ellas la vegetación lozana con las *rastras* peladas, y las coronan esbeltos picachos de fantástica silueta que adornan sus cimas con inimitable crestería. Salimos del cauce de *La Puerta* marchando por ásperas veredillas serranas y llevando de reata a nuestras cabalgaduras, pasamos por delante de la bella cascada, casi seca en estío, de *Poyo Pulido*, y llegamos a un pequeño barranco sombreado por olivos, almendros y nogueras, donde han de quedarse los cuadrúpedos. Este sitio es llamado *Huerta del tío Lobo*; a su lado corre un profundo cauce por el cual salta, entre rocas, una límpida corriente, y el guía nos refiere a propósito de las imponentes crecidas invernales del barranco, que en cierta ocasión el *tío Lobo* pasó varios días aislado allí, alimentado con los panes que le arrojaban desde la orilla opuesta del embravecido e infranqueable torrente.

La caja del barranco es precisamente la *trochilla* que hemos de seguir, unas veces saltando de piedra en piedra sobre la corriente y otras gateando por sus difíciles riberas; pero todo ello dáse por bien empleado cuando se llega ante «*La Caldera*», objetivo de nuestra excursión y paraje de un encanto que se resiste a toda descripción.

Un acantilado vertical, de unos cincuenta metros de altura, según mi apreciación visual, cierra el fondo del barranco dando cara al Norte; hacia su centro se muestra una estrecha escotadura, en la parte alta y por ella se vé aparecer un grueso chorro de agua que se desliza por una ligera depresión lineal, tan recto y tan sereno



que parece una cinta de plata incrustada en la roca; poco más bajo de la mitad de la altura piérdese de vista y es que lo oculta otra gran peña que se une al monte formando una bella gruta en la que el agua penetra por arriba unida a un ténue rayo de luz; esta cueva, que ostenta interiormente lindas estalactitas, tiene dos partes; cada una de ellas en su fondo, un diminuto lago circular, y como ambos departamentos de la gruta tienen una diferencia de nivel de unos dos metros, el agua se precipita de uno en otro formando una cascada dentro de aquella; después el líquido surge al exterior en nuevo salto por la boca inferior de la gruta, que también dá acceso a los visitantes; el agua es recibida en otro profundo charco circular que amenaza con un soberbio *baño de impresión* al excursionista que resbale a la entrada de la cueva; pasa la corriente entre dos peñas, se precipita por cuarta vez en un nuevo *chilanco*, como llama a estos embalses el pintoresco dialecto campesino, y sigue por último su curso, siempre pintoresco y accidentado.

Junto a la boca de la gruta y a la izquierda de la entrada, se une al acantilado en ángulo casi recto un nuevo talud, sosteniendo una meseta que suelen llamar *el huertecillo*, donde hay nacimiento de aguas que constantemente gotean por las estalactitas que adornan su ladera. Ahora figúrese el lector todo esto tapizado por las más delicadas especies de musgos y de helechos, embalsamado por el aroma de las labiadas de la sierra, arrullado por la constante cantilena del agua en sus múltiples y variadas caídas, y animado por las palomas que bajan a beber a la corriente y al aproximarse el viajero remontan el vuelo hacia las cimas, y podrá formarse una idea que, por bella que le parezca, distará aun bastante de semejarse a los encantos de la realidad.

Y por no cansar al que leyere con detalles de la expedición que no han de interesarle, solo le diré que después de trazar el ligero apunte que acompaña estas líneas, regresamos al huerto del tío *Lobo*, donde consumimos nuestras provisiones; pasamos otra vez por *La Puerta* que con nueva luz y otra perspectiva ofrecía nuevos encantos; vimos destacarse sobre el fondo sombrío de Aznatín el castillo de Albánchez, iluminado por los últimos rayos del sol poniente; llegamos al pueblo, donde dejamos al guía y al espolique, y alumbrados ya por la luna, que elevaba su disco sobre el horizonte, nos apeamos en Villa-María, pensando qué pocas son las personas, aun de la provincia, que conocen el paraje encantador que hemos visitado, y atribuyendo esto a que la generalidad de los españoles, hacen, valga el simil, como los malos maridos que desdeñan lo bueno que tienen en su casa y solo celebran, buscan y desean aquello que no les pertenece. —Mariano de la Paz Gómez y Rodríguez.